

**JUZGAR:****CÓMO VEMOS LO QUE LE ESTÁ PASANDO A NUESTRA CASA.**

Este juzgar se realiza por dos vertientes, **UNA CIENTÍFICA Y OTRA TEOLÓGICA**

«Hoy no podemos dejar de reconocer que *un verdadero planteamiento ecológico se convierte siempre en un planteamiento social*, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar *tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*» (49).

Este *doble grito* interpela hoy a los cristianos y «a cada persona que habita este planeta» (3), es decir, a los destinatarios de la encíclica. «Entre los pobres más abandonados y maltratados está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22)» (2).

**LA VERTIENTE CIENTÍFICA**

La encíclica dedica todo el capítulo tercero al **análisis de «la raíz humana de la crisis ecológica»** (101-136). Aquí el Papa se propone analizar la **TECNOCIENCIA**, acogiendo lo que ésta ha traído de «cosas realmente valiosas para **mejorar** la calidad de vida del ser humano» (103): el motor a vapor, el ferrocarril, el telégrafo, la electricidad, el automóvil, el avión, las industrias químicas, la medicina moderna, la informática y, más recientemente, la revolución digital, la robótica, las biotecnologías y las nanotecnologías.

La tecnología es creatividad y poder que nos sitúa en una encrucijada.

Por una parte, debemos reconocer y alegrarnos por los avances científicos que proporcionan a la humanidad un mayor bienestar.

Pero al mismo tiempo nos encontramos con un grave problema del que no acabamos de ser conscientes. No podemos ignorar que la energía nuclear, la biotecnología, la informática, el conocimiento de nuestro propio ADN y otras capacidades que hemos adquirido nos dan un tremendo poder. Mejor dicho, dan a quienes tienen el conocimiento, y sobre todo el poder económico para utilizarlo, un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero.

Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo. Basta recordar las bombas atómicas lanzadas en pleno siglo XX, como el gran despliegue tecnológico ostentado por el nazismo, por el comunismo y por otros regímenes totalitarios al servicio de la matanza de millones de personas, sin olvidar que hoy la guerra posee un instrumental cada vez más mortífero.

¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad. (104). Se tiende a creer «que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital, de plenitud de los valores», como si la realidad, el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico.

*El hecho es que «el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto», porque el inmenso crecimiento*

*tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia.*

Cada época tiende a desarrollar una escasa autoconciencia de sus propios límites. Por eso es posible que hoy la humanidad no advierta la seriedad de los desafíos que se presentan, y «la posibilidad de que el hombre utilice mal el poder crece constantemente» cuando no está «sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino únicamente a los supuestos imperativos de la utilidad y de la seguridad». **El ser humano no es plenamente autónomo.** Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia. En ese sentido, está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que le falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida abnegación

**El problema reside en que se independizó, sometió a su dominio la economía, la política y la naturaleza con vistas a la acumulación de bienes materiales (cf 109). Ella parte de una suposición equivocada que es la «disponibilidad infinita de los bienes del planeta» (106), cuando sabemos que ya hemos tocado los límites físicos de la tierra y que gran parte de los bienes y servicios no son renovables. La tecnociencia se ha vuelto tecnocracia, una verdadera dictadura con su férrea lógica de dominio sobre todo y sobre todos (cf 108).**

La gran ilusión, hoy dominante, reside en la creencia de que con la tecnociencia se pueden resolver todos los problemas ecológicos. Esta es una idea engañosa porque implica «aislar cosas que en la realidad están entrelazadas» (111).

En realidad, **«todo está conectado»** (117), «todo está relacionado» (120), una afirmación que recorre todo el texto de la encíclica, pues es un concepto clave del

nuevo paradigma contemporáneo. El gran límite de la tecnocracia está en la «fragmentación de los saberes» hasta «perder el sentido de la totalidad» (110). Lo peor es que «no reconoce a los demás seres un valor propio» y basta «negar todo valor peculiar al ser humano» (118).

El valor intrínseco de cada ser, por minúsculo que sea, es enfatizado permanentemente en la encíclica (cf 69), como lo hace la Carta de la Tierra, Declaración de principios éticos fundamentales aprobada a nivel internacional en el año 2000 en la sede de la Unesco, en París. El documento tiene el fin de despertar «un nuevo sentido de interdependencia global y responsabilidad universal», de «responsabilidad hacia el bienestar presente y futuro de la familia humana», «hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras». Al negar ese valor intrínseco estamos impidiendo que miles de especies den «gloria a Dios con su existencia» y nos comuniquen «su propio mensaje» (33).

La mayor desviación producida por la tecnocracia es el antropocentrismo moderno. Este supone ilusoriamente que las cosas solo tienen valor en la medida en que se ordenan al uso humano, olvidando que ellas tienen valor por sí mismas (cf 33). Si es verdad que todo está en relación, entonces «todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra» (92). ¿Cómo podemos pretender dominarlos y verlos bajo la estrecha óptica de la dominación por parte del ser humano?. Todas estas «virtudes ecológicas» (88) se pierden por la voluntad de poder como dominación sobre los otros y sobre la naturaleza. Vivimos una angustiante «pérdida del sentido de la vida y de la convivencia» (110)

**Una de las principales causas es la CULTURA DEL DESCARTE.**

¿De dónde viene la «cultura del descarte» que ha provocado el desastre actual? El diagnóstico del Papa es claro: las tecnociencias (cf 104ss), aliadas con la financiarización y con la locura de una economía fundada en una producción y consumo ilimitados (cf 56), son los tres males que se encuentran en la raíz del problema. El papa Francisco no cree en una solución de geoingeniería. Y menos aún cree en el mercado.

Una alarma que ha saltado, pero todavía no le damos importancia **es la desaparición programada de las abejas** debida a los insecticidas, la sobre-explotación de los panales para una comercialización irracional y la creencia ilusa de que la mecanización de los procesos naturales de polinización puede suplir y abaratar los procesos naturales. Hay economistas que se atreven a afirmar que el fin de las abejas es un bien, porque nos obligará a la polinización mecánica. Y un ejército de robots polinizadores generará, según estos economistas, un aumento del PIB. Lo que es más grave todavía es que llegue a haber **esclavos pobres a los que las poblaciones urbanas ricas obliguen a hacer la polinización a mano, como ya está sucediendo en China.**

## LA VERTIENTE TEOLÓGICA

La otra vertiente del juzgar es de índole teológica.

**La encíclica reserva un amplio espacio al «evangelio de la creación» (62-100).** La sección se inicia justificando la aportación de las religiones y del cristianismo, pues siendo la crisis global, cada instancia debe, con su capital religioso, contribuir al cuidado de la tierra (cf 62). La encíclica no insiste en las doctrinas sino en la sabiduría presente en los distintos caminos espirituales.

El cristianismo prefiere hablar de creación en lugar de naturaleza, pues creación «tiene que ver con un proyecto del amor de Dios» (76). Cita más de una vez un bello texto del libro de la Sabiduría (11,24), donde aparece con claridad que «la creación es del orden del amor» (77) y que Dios es «“el Señor que ama la vida” (cf Sab 11,26)» (89).

El texto se abre a una visión evolucionista del universo, no utilizando la palabra sino haciendo un circunloquio al referirse al universo «conformado por sistemas abiertos que entran en comunicación unos con otros» (79).

Utiliza los principales textos que vinculan a Cristo encarnado y resucitado con el mundo y con todo el universo, haciendo sagrada la materia y toda la tierra. En este contexto menciona a Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) (cf 83, nota 53) como precursor de esta visión cósmica.

El hecho de que Dios-Trinidad sea una relación de personas divinas tiene como consecuencia que todas las cosas en relación sean resonancias de la Trinidad divina (cf 240).

Citando al patriarca ecuménico de la Iglesia ortodoxa, Bartolomé, reconoce que «un crimen contra la naturaleza es [...] un pecado contra Dios» (8). De aquí la urgencia de una conversión ecológica colectiva que rehaga la armonía perdida.

La encíclica concluye esta parte acertadamente: una vez que el análisis ha indicado «la necesidad de un cambio de rumbo», debemos «salir de la espiral de autodestrucción en la que nos estamos hundiendo» (163).

No se trata de una reforma, sino -citando la *Carta de la Tierra*- de

buscar «un nuevo comienzo» (207). La interdependencia de todos con todos nos lleva a «pensar en un *solo mundo, en un proyecto común*» (164).

Puesto que la realidad presenta múltiples aspectos, todos íntimamente relacionados, el papa Francisco propone una **«ECOLOGÍA INTEGRAL»** que va más allá de la ecología ambiental a la que estamos acostumbrados (137). Ella cubre todos los campos, el ambiental, el económico, el social, el cultural y también la vida cotidiana (cf 147- 148). Nunca olvida a los pobres, que testimonian también su forma de ecología humana y social viviendo lazos de pertenencia y de solidaridad de unos con otros (cf 149)

Todo esto nos lleva a **replantearnos seriamente nuestro estilo de vida**. Así pues, los más ricos deberán pasar necesariamente por un cambio radical de los estilos de vida si quieren asumir la condición humana de un planeta limitado.

Lo que supone, dice el papa Francisco, que aceptemos subordinar la propiedad privada a lo que la tradición católica define **como «destino universal de los bienes»** (cf 93ss; cf también *Gaudium et spes* 69, 1), o bien al hecho de que todos tengan el derecho, entre otros, de respirar un aire puro, de beber un agua sana, de gozar de un trabajo decente...

El Papa señala proféticamente al **mercado financiero** como el lugar de mayor resistencia al progreso hacia una humanidad reconciliada consigo misma y con la creación: el mercado financiero (cf 56, donde cita *Evangelii gaudium* 56).

En este punto las páginas del papa Francisco son determinantes: **la ecología** no es solo una cuestión para los zoólogos y los amantes de las flores. Su primera preocupación **es la desregulación de las finanzas**.

Aquí Francisco se remite a la lección de la más estricta ortodoxia económica. La economía teórica más importante declara formalmente que los mercados financieros son fundamentalmente ineficientes.

Hoy hay personas que, detrás de la promesa de rendimientos extraordinarios relacionados con una irresponsable asunción de riesgos (siempre a costa de los contribuyentes y, por tanto, de los pobres), interceptan la liquidez monetaria y no permiten que las ingentes cantidades de dinero creado gratuitamente por los bancos centrales de diez años a esta parte sean redirigidas hacia inversiones verdes.

*En otras palabras, la transición ecológica supone, más aún, exige que tengamos el coraje político de regular los mercados financieros. Un coraje que nuestros políticos en Europa no tendrán si la sociedad civil no se lo impone. Porque, hoy por hoy, la clase política que gobierna la Europa occidental está controlada ante todo por los bancos.*

El papa Francisco invita sobre todo a cristianos y no cristianos a vivir una antropología relacional, igualmente distante de una **visión del hombre «señor y dueño de la naturaleza»**, como de una naturaleza mitificada (cf 78), y también de un **biocentrismo que olvide que Cristo se hizo hombre**. **Hombres y mujeres son relación: relación entre ellos, con Dios y con una naturaleza de la cual son «custodios».**

La mundialización mercantil se ha transformado hoy en el desprecio de esta relación dentro de la «globalización de la indiferencia» digital (cf 47), un desprecio que, según el papa Francisco, practican tanto los que ejercen violencia sexual sobre los niños como los que sostienen un mercado que se pretende autorregulado (cf 123) sin tener en cuenta su incapacidad de gestionar eficazmente la más mínima forma de externalidad (social o climática) .



La tesis fundamental acerca de la renovación radical a la que estamos llamados es la articulación entre una antropología relacional y la atención a los bienes comunes universales.

En la línea del Cántico de las criaturas de san Francisco de Asís, de la sobriedad de vida de Carlos de Foucauld, o incluso de la teóloga norteamericana Elizabeth Johnson, el papa Francisco lanza aquí un llamamiento a todas las mujeres y a todos los hombres para que cada uno asuma la parte que le corresponde en una «comunidad universal» a favor de una «ecología integral» que consiste en el paso de una sociedad de la inequidad, del carbono y de las finanzas hacia un mundo más justo, en armonía con la creación, y donde la economía, desfinanciarizada, aprenda finalmente a imitar la circularidad de los ecosistemas naturales.

La experiencia teológica de la fe cristiana se encuentra en la convicción de que la humanidad es capaz de realizar un salto semejante y llegar a la conversión ecológica que proporcione una vida humana digna, justa, estable y sustentable para todos

## LA NATURALEZA. Escrito por Eckhart Tolle

Dependemos de la naturaleza no solo para nuestra supervivencia física. También necesitamos a la naturaleza para que nos enseñe el camino a casa, el camino de salida de la prisión de nuestras mentes. Nos hemos perdido en el hacer, en el pensar, en el recordar, en el anticipar: estamos perdidos en un complejo laberinto, en un mundo de problemas. Hemos olvidado lo que las rocas, las plantas y los animales ya saben. Nos hemos olvidado de ser: de ser nosotros mismos, de estar en silencio, de estar donde está la vida: Aquí y Ahora. Llevar tu atención a una piedra, a un árbol o a un animal no significa pensar en ellos, sino simplemente percibirlos, darte cuenta de ellos. Entonces se te transmite algo de su esencia. Sientes lo profundamente que descansa en el Ser, completamente unificado con lo que es y con donde está. Al darte cuenta de ello, tú también entras en un lugar de profundo reposo dentro de ti mismo. Cuando camines o descanses en la naturaleza, honra ese reino permaneciendo allí plenamente. Serénate. Mira. Escucha. Observa cómo cada planta y animal son completamente ellos mismos. A diferencia de los humanos, no están divididos en dos. No viven a través de imágenes mentales de sí mismos, y por eso no tienen que preocuparse de proteger y potenciar esas imágenes. Todas las cosas naturales, además de estar unificadas consigo mismas, están unificadas con la totalidad. No se han apartado del entramado de la totalidad reclamando una existencia separada: "yo", el gran creador de conflictos. Tú no creaste tu cuerpo, y tampoco eres capaz de controlar las funciones corporales. En tu cuerpo opera una inteligencia mayor que la mente humana. Es la misma inteligencia que lo sustenta todo en la naturaleza. Para acercarte al máximo a esa inteligencia, sé consciente de tu propio campo energético interno, siente la vida, la presencia que anima el organismo. Cuando percibes la naturaleza sólo a través de la mente, del pensamiento, no puedes sentir su plenitud de vida, su ser. Sólo ves la forma y no eres consciente de la vida que la anima, del misterio sagrado. El pensamiento reduce la naturaleza a un bien de consumo, a un medio de conseguir

beneficios, conocimiento o algún otro propósito práctico. Observa, siente un animal, una flor, un árbol, y mira cómo descansan en el Ser. Cada uno de ellos es él mismo. Tienen una enorme dignidad, inocencia, santidad. En el momento en que miras más allá de las etiquetas mentales, sientes la dimensión inefable de la naturaleza, que no puede ser comprendida por el pensamiento. Es una armonía, una sacralidad que, además de compenetrar la totalidad de la naturaleza, también está dentro de ti. El aire que respiras es natural, como el propio proceso de respirar. Dirige la atención a tu respiración y date cuenta de que no eres tú quien respira. La respiración es natural. Conecta con la naturaleza del modo más íntimo e interno percibiendo tu propia respiración y aprendiendo a mantener tu atención en ella. Esta es una práctica muy curativa y energizante. Produce un cambio de conciencia que te permite pasar del mundo conceptual del pensamiento al ramo de la conciencia incondicionada. Necesitas que la naturaleza te enseñe y te ayude a reconectar con tu Ser. No estás separado de la naturaleza. Todos somos parte de la Vida Una que se manifiesta en incontables formas en todo el universo, formas que están, todas ellas, completamente interconectadas. Cuando reconoces la santidad, la belleza, la increíble quietud y dignidad en las que una flor o un árbol existen, tú añades algo a esa flor o a ese árbol. Pensar es una etapa en la evolución de la vida. La naturaleza existe en una quietud inocente que es anterior a la aparición del pensamiento. Cuando los seres humanos se aquietan, van más allá del pensamiento. La quietud que está más allá del pensamiento contiene una dimensión añadida de conocimiento, de conciencia. La naturaleza puede llevarte a la quietud. Ese es su regalo para ti. Cuando percibes la naturaleza y te unes a ella en el campo de quietud, éste se llena de tu conciencia. Ese es tu regalo a la naturaleza. A través de ti, la naturaleza toma conciencia de sí misma. Es como si la naturaleza te hubiera estado esperando durante millones de años.

